



El columpio de *Madame Brochet*

edebé

BEATRIZ OSÉS

**El columpio
de *Madame Brochet***

Ilustraciones: Emilio Urberuaga

edebé

© Beatriz Osés, 2017

© *Ilustraciones*: Emilio Urberuaga, 2017

© Edición Cast.: Edebé, 2017

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al Cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Diseño de colección: Book & Look

Primera edición, marzo 2017

ISBN: 978-84-683-2998-7

Depósito Legal: B. 343-2017

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario 2 - Barcelona

A los lectores que siguen soñando.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. El cumpleaños	9
2. La tarta de chocolate.....	15
3. El columpio solitario.....	21
4. El deseo de <i>Madame Brochet</i>	31
5. Como una niña	39
6. La huida	49
7. Las sospechas de Gilbert.....	55
8. La confesión de Marie	63
9. El plan de su vecino	73
10. Al otro lado de la tapia.....	79
11. Una sorpresa para <i>Madame Roux</i>	89
12. Una visita inesperada	99
13. ¿Y ahora qué hacemos?	107
14. Gilbert y Marie.....	113
15. Un secreto compartido	119

1

El cumpleaños

*M*adame Brochet no se quería morir. Lo tenía claro. Tan claro como que ese jueves de noviembre le llovían noventa años.

No se quería morir a pesar de que su caja de pastillas fuera un verdadero arsenal y de que las piernas apenas soportaran su peso de cigüeña desgarbada. No se quería morir porque, entre otras cosas, tenía que salir a comprar, como era tradición, una tarta de cumpleaños de chocolate. De chocolate negro y nata. Una

de las maravillosas tartas de la pastelería Chocolat Noir a la que acudía desde que era una niña. Así que se ajustó sus gafas de metal, se hizo un moño frente al espejo y descolgó el abrigo rojo que utilizaba en las ocasiones especiales.

Acto seguido, bajó los tres escalones que la separaban de la calle apoyándose en su muleta igual que si descendiera de las cumbres del Himalaya. Avanzó con sumo cuidado, luchando contra el viento francés y llevándose la mano libre a la bufanda blanca que le rodeaba el cuello.

Una vez en la acera, tardó casi media hora en recorrer los cien metros que distaban de la repostería y de su olor a bollos crujientes. Por la calle, esquivó un gato maléfico, varias cagarrutas de palomas y



tres hojas de roble dispuestas a estamparse contra su cara.

Al llegar al escaparate de la tienda, dejó escapar una enorme sonrisa de satisfacción. *Monsieur Claudet*, que la había visto desde el mostrador, no tardó en abrirle la antigua puerta de madera.

—*Bonjour!* —dijo invitándola a entrar con una leve inclinación.

—*Bonjour, Marcel!* —respondió complacida.

Al fin, calorcito y aroma de *croissants*.

—*Voilà!* —exclamó orgulloso mostrándole su delicada creación de chocolate—. ¡Muchas felicidades, Marie!

—*Merci!* —contestó sin ocultar su emoción.

Noventa años.

—¡Y estás como una niña! —la animó. Además de pastelero, era un mentiroso encantador.

—¡Ojalá lo fuese! —rio ruborizada.

Porque ese habría sido su deseo si le hubieran dejado apagar las velas de su noventa cumpleaños. Habría cerrado los ojos con fuerza, se habría agarrado a la mesa de madera del salón y habría soplado con toda su alma.

—¡Yo te veo muy bien! —insistió *Monsieur Claudet* envolviendo con delicadeza la tarta.

«Como las momias egipcias», pensó *Madame Brochet*.

—Te pongo un nueve y un cero, Marie —le indicó metiendo dos velas rojas en un paquetito de papel de celofán.

«Sí, porque si me tuvieras que dar noventa velas...».

—¡Y no te olvides de pedir un deseo!

—No lo haré.

¿Cómo olvidarlo? No podía hacerlo. Porque *Madame Brochet* llevaba ya tiempo pidiendo el mismo deseo. Un sueño imposible, tal vez. Y lo hacía cada vez que cerraba los ojos y soplaba con fuerza las velas de su tarta.

2

La tarta de chocolate

A pesar de que *Monsieur Claudet* se ofreció a acompañarla hasta casa, rechazó la ayuda porque no quería molestar. Al igual que el año anterior, apoyada en su muleta, emprendió el regreso en solitario. El pastelero la contempló a través del escaparate de su tienda mientras se alejaba a cámara lenta. Entre los dedos de la anciana, la cuerda que sujetaba la tarta de chocolate se balanceaba de un lado a otro igual que un equilibrista.